OBEDIENCIA EN LA FE

P.Prisciliano Hernández Chávez, CORC.

Nuestra generación de “cristal”, tan frágil, transparente y vacía de una orientación esencial en la vida,-vaso vacío, parece que la autosuficiencia sea su toque de fondo, pero en verdad no tiene nada con que responder; todo lo recibe. El “carpe díem”,-aprovecha el día, según el dicho de los romanos, se orienta a colmarse de emociones de distinta clase. La justicia, el amor y la paz son inalcanzables y parece que ni se buscan. Son temas que se ahogan en los legalismos, en el egoísmo disfrazado de autorrealización y en la tranquilidad que ha huido porque hemos sido traicionados por los supuestos garantes de la justicia y los maestros de vida. Ante este panorama está la invitación de Jesús a superar las posturas fariseas, hoy neofariseas, para que nuestra actitud y comportamiento sea de “periseuo”- se sobreabundancia (Mt 5,20). No esperar a recibir, sino a dar y darnos a nosotros mismos en derrame, en los campos de la verdad, de la bondad y de la belleza, para propiciar la justicia, el amor y la paz. La autosuficiente soberbia, lleva a la esquizofrenia: ser causa de divisiones y minar la vida familiar y social. La obediencia en la fe, al estilo de Abrahán, asumiendo la enseñanza de Jesús, nos lleva a cumplir la ley de Dios en su máxima expresión; no solo la estricta justicia, sino la vivencia del amor misericordioso. De los mínimos a los máximos: no solo no robar, sino compartir nuestro pan con el hambriento; no solo no matar, sino apoyar la vida en todas sus etapas; no solo el respeto a la alianza matrimonial, sino ayudar a las parejas disparejas a que reencuentren su amor para ser felices según el plan de Dios, Creador del amor humano. Y así llevar en nuestras conciencia la plenitud de la ley divina en la línea del Crucificado, Sabiduría divina. Solo así podremos experimentar “lo que ni ojo vio, ni oído escuchó lo que está preparado para los que aman al Señor”(1Cor 2, 6-10), ya desde ahora, en el espacio del propio corazón y después en la gloria, donde no hay mezcla de mal alguno, sino la perfecta y suma posesión de todos bienes.